

# REDACCIÓN ÍNSULA / ENCUESTA: LA PANDEMIA Y NUESTROS ESCRITORES

1. ¿Cómo ha sido tu experiencia de la pandemia? ¿Se ha reflejado en tu escritura durante estos meses de cuarentena?
2. ¿Cómo afectará lo que ha ocurrido a nuestra organización social y modos de convivencia? En tu opinión, ¿quién sale ganando y quién perdiendo?
3. ¿Cuál es el lugar de la literatura en estos días inciertos?

## Harkaitz Cano

1. Imagino que como la de la mayoría, alternando momentos de evasión con otros de ansioso seguimiento de las noticias. Observar día a día la evolución de la curva tenía algo de adictivo, casi hipnótico: la abstracción estadística infunde una falsa sensación de seguridad y contribuye a calmar los nervios. Me he maravillado con relecturas pandémicas muy obvias como *La peste* de Camus y otras que no lo son tanto, como *El vino del estío* de Ray Bradbury. He llevado un pequeño diario, con el convencimiento de que no estaba siendo nada original. A veces uno sentía que el futuro nos estaba atravesando por la mitad y dejaba muy atrás nuestras inquietudes de antaño y nuestra forma de narrar. Me ha dado por escribir sonetos, algo de lo que no me creía capaz, como si la incertidumbre demandase cierta disciplina, una rutina, el sometimiento a reglas estrictas y a la vez abarcables. En el fondo, ¿no es eso lo que esperamos también de las prohibiciones que nos imponen? Hacer la mitad del trabajo para que las normas se encarguen luego de la otra mitad... Siempre hay algo oracular en la métrica y en las rimas. También en el hecho de acatar normas y prohibiciones.

2. Para empezar, el codo gana y los dedos pierden. Eso ya dice bastante, ¿no? El tacto se ha visto relegado: ¿mutaremos hacia un ser humano con las manos siempre en los bolsillos? Asumir que no podemos abrazarnos ni tocarnos, por muy necesario que sea para detener la propagación del virus, es un fracaso mayúsculo. Va camino de imponerse un mundo en el que individuo se encapsula y nuestra forma de relacionarnos está condenada a la cita previa y al cuestionario; contactos controlados y amores *bluetooth*. Imagino que las empresas farmacéuticas y las compañías que se dedican al control y a la seguridad, disfrazada, en ocasiones, de higiene, estarán muy felices... El pasaporte biológico siempre ha sido uno de los grandes sueños de las aseguradoras y de los estados autoritarios. El mundo virtual y sus derivados se han impuesto y el dinero físico ha sido barrido del mapa de un plumazo. Los que se llevan el gato al agua son los que se dedican a explotar nuestra hipocondría y nuestro miedo —estos siempre ganan—. Los creadores de contenidos siguen perdiendo y los que controlan su difusión siguen ganando. Aunque tenemos tan mala memoria que pronto ni nos acordaremos.

3. Eso mismo me pregunto yo. Seguramente su función sigue siendo la de siempre: limpiar las ventanas para ver mejor la calle y para que a su vez desde el exterior se vea mejor el interior.

## Jordi Doce

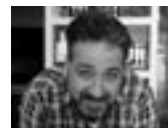
1. Mi experiencia de la pandemia ha quedado reflejada de manera bastante directa en *La vida en suspenso*, el diario que ha publicado la

editorial Fórcola y que fui compartiendo por entregas en la revista asturiana *El Cuaderno Digital*. Sucedió que a lo largo de los días que precedieron y siguieron inmediatamente a la declaración del estado de alarma (un viernes 13 que hizo honor a su mala fama supersticiosa) toda mi actividad como editor externo, profesor y conferenciante quedó paralizada o en suspenso. Todas las citas que tenía marcadas en mi agenda de marzo y abril —clases, presentaciones, lecturas de poesía— se fueron cancelando una a una y de pronto me vi desocupado, con una extensión insólita de tiempo libre ante mí. Una vez hechas las cuentas y resueltas las cuestiones de intendencia doméstica, me pareció que lo más razonable era dejarse llevar por la corriente —o doblarse cual junco de proverbio oriental— y asumir el parón con normalidad. Pero no pude evitar que en ese vacío dejado por la falta de cargas laborales brotara la escritura. Lo hizo sin estridencias, como respondiendo a la necesidad de sosegar y ordenar la mente. El carácter excepcional de lo que vivíamos me llevó de manera espontánea al diario, que es tal vez el género más flexible y mejor dotado para dar cuenta del día a día con una palabra que, siendo fiel a las circunstancias, permita mantener la tensión literaria y una cierta voluntad de estilo. No es solo que en el diario quepa todo, sino que en sus páginas es posible ensayar tonos muy diversos: reflexivo, narrativo, irónico, lírico, etc. Y así fueron pasando los días. Una expresión que utilicé a menudo en los mensajes a los amigos fue: paciencia y buen humor. Y esa actitud de ecuanimidad fue lo que traté de mantener en mi vida cotidiana y de trasladar a mi escritura. No siempre con éxito, por desgracia.

2. Es pronto para decirlo, creo, y tampoco soy un sociólogo o un economista con datos fiables y actualizados. Ahora mismo todo son conjeturas, y en el momento de escribir estas líneas —mediados de junio— parece que la famosa «desescalada» se acelera por momentos. Como ciudadano de a pie con inclinaciones especulativas, me preocupan varias cosas: uno, que insistamos en seguir modelos económicos y productivos que ya antes de la pandemia generaban desigualdad social y eran catastróficos para el medio ambiente; dos, que aquí en España muchos sigan pensando que la solución pasa por volver a los pilares de nuestra economía desde el desarrollismo franquista, que son el turismo y el ladrillo (un caso en el que la falta de imaginación y de humildad cobra dimensiones casi criminales); tres, que hayamos resuelto el presente del fútbol y las terrazas de los bares antes que la vuelta a las aulas y el futuro inmediato de la educación y la cultura; y cuatro, así en general, que una parte sustancial de la población no haya aprovechado estos meses para poner en cuestión muchos de sus hábitos o preguntarse por la viabilidad de un sistema basado en el consumo febril, el despilfarro y el egoísmo hipócrita.



Harkaitz Cano



Jordi Doce  
© Luis Burgos



REDACCIÓN  
 ÍNSULA/  
 ENCUESTA: LA  
 PANDEMIA  
 Y NUESTROS  
 ESCRITORES

3. Creo que el lugar de la literatura, y de la creación en general, en estos tiempos será más o menos el que siempre ha sido. Se habla mucho de la función crítica de la palabra, y esto es así, pero se dice menos que esa función crítica pasa por un reforzamiento de sus facultades imaginativas. Dicho de otro modo: de la capacidad de la literatura para seguir concibiendo realidades alternativas, conjeturales, y mantener encendido el candil de la utopía. Decía Paul Celan en su «Discurso de Bremen» que «los poemas están en camino: se dirigen a algo. ¿Hacia qué? Hacia algún lugar abierto que invocar [...], una realidad que invocar». La verdadera creación abre, no cierra; mantiene activo el principio de esperanza y canaliza activamente la energía reprimida del sueño. Y nosotros estamos obligados a preservar a toda costa esa dimensión utópica de la literatura.



Francisco Ferrer  
 Lerín  
 © Ana López Artillo

### Francisco Ferrer Lerín

1. Mi experiencia ha sido positiva, diría que altamente positiva, han quedado vacíos de masa humana los lugares que frecuento, tales como bosques y ríos, lo que aporta grandes dosis de tranquilidad a mi querida fauna salvaje, y en cuanto al confinamiento, apenas lo he notado ya que este es mi estado natural, encerrado en casa dedicado a la lectura y escritura. Lavarme las manos ya me las lavaba, y mi otra actividad, el acarreo y vertido de reses muertas en el monte para alimento de aves necrófagas, he debido adaptarlo, cuando los controles de carretera se han vuelto impertinentes, al espacio exterior de mi vivienda, en concreto a la más amplia de las terrazas, la que permite, dada la anchura del pretil, colocar sobre él despojos cárnicos de tal manera que córvidos y milanos puedan consumirlos de modo confortable. Acerca de la pandemia he escrito media docena de artículos.

2. La sociedad es por naturaleza desmemoriada, se olvida de las mayores catástrofes con una velocidad pasmosa. El coronavirus, como la gripe, quedará entre nosotros y la gente se acostumbrará a vivir con él, sorteándolo más o menos, volviendo las cosas a su cauce con pequeños cambios, por ejemplo, la desaparición en el diccionario de los términos nonagenario y centenario. Ganando saldrá la industria farmacéutica, las empresas de reparto a domicilio y el porno por internet. Perdiendo saldrá quien sea consciente de que el *baby boom*, provocado por el aburrimiento en las parejas confinadas, va a suponer nuevos desastres planetarios.

3. La literatura tiene siempre un lugar incierto. Una literatura de evasión, para consumo en la playa bajo un sol achicharrante y arena arrojada a los ojos por niños y perros, siempre tendrá cabida en el sopor y en el hedor de las habitaciones de confinamiento. La otra literatura, más elaborada, quedará casi extinta; buena parte de sus escasos consumidores, abotargados por la charanga familiar, preferirán darse a la bebida del tinto de verano.



Núria Perpinyà

### Ricardo Menéndez Salmón



Ricardo Menéndez  
 Salmón  
 © J. M. S. V.

1. El sentimiento dominante ha sido la extrañeza. Una falta de adhesión entre las categorías intelectuales e incluso emocionales a disposición y la realidad que se ha impuesto. De cuanto he leído al respecto de la situación actual, me quedo con una reflexión del escritor Theodor Kallifatides. En una entrevista con Juan Cruz, Kallifatides expresó la idea de que, ante el peligro, es el conocimiento lo que nos ayuda, pero que ante la incertidumbre solo el carácter nos salva. Yo he intentado aplicarme esa máxima, tan griega por otro lado, de que el carácter

es el destino, aunque confieso que no siempre lo he logrado. He tenido mis altibajos de ánimo, supongo que como todo el mundo. Respecto a la escritura, la cuarentena no se ha reflejado en ella. Mis preocupaciones literarias durante estos últimos meses han estado alejadas de la actualidad. Creo que escribir sobre lo que ahora mismo está sucediendo es, en el mejor de los casos, un síntoma de ingenuidad, cuando no un disparate. Hay que poner en cuarentena la cuarentena para poder decir algo inteligente sobre ella, en especial desde la ficción.

2. En paralelo al virus, percibo una infección de panglossianismo, otra segunda pandemia causada por un pensamiento lleno de grandes palabras y de magníficas intenciones. Vamos a reinventar el mundo, a aprender de los desmanes cometidos, a invertir los valores entre lo contingente y lo necesario. Pero pienso que el paisaje tras la batalla será desolador para quienes ya lo es habitualmente: una juventud exprimida por las sucesivas crisis, un proletariado desideologizado, una clase media cada vez más temerosa. E incluyo entre los derrotados a los creadores y a las instituciones culturales. Respecto a nuestra convivencia, sospecho que lo vivido servirá para acentuar las líneas de control que ya se venían dibujando durante las últimas décadas: videovigilancia, farmacocracia, dictadura del macrodato.

3. Si a la literatura le queda algún lugar por ocupar en esta situación es la de constituirse como contrapoder. La literatura debe ayudar a sospechar de las consignas que llegan desde los distintos estamentos de poder: el discurso científico, el *lobby* económico, el paternalismo de Estado. Es precisamente ahí, asumiendo un rol incómodo, casi hostil, donde la literatura puede jugar algún papel como sismógrafo de las falacias de nuestro tiempo y de las pavorosas injusticias que consentimos. Y como denuncia de la que me parece el problema más urgente que hoy debemos enfrentar: el ecicidio de nuestro planeta. La literatura, en definitiva, como una forma moderna de mayéutica.

### Núria Perpinyà

1. El encierro me encontró acabando un ensayo sobre el caos, con lo cual, sin buscarlo, la pandemia se infiltró; así que me puse a estudiar las consecuencias caóticas de las pestes en la literatura del pasado: Defoe, Shelley, Camus, etc. Una vez terminado el ensayo, creé mi propio aislamiento contra la pandemia centrándome en la novela que estoy escribiendo, liberándome de ella; por suerte, no tiene nada que ver.

2. Hemos ganado en el tan ansiado tiempo. Se acabó el estrés que tenía a tantos agotados. Si no ha sido truncado por desgracias cercanas, muchos han valorado este paréntesis a ritmo lento.

A nivel global, están ganando las tecnologías y lo virtual que parece más limpio (craso error) que la realidad a cielo abierto llamada despectivamente por quienes les disgusta, *Meatspace* —el espacio de carne—.

Hemos perdido los teatros y la música en directo. Espero que el público acuda de nuevo a ellos con el mismo deseo que ha invadido las terrazas.

De todas formas, quienes más han perdido, porque su recuperación va a ser difícil, son los internautas acérrimos, los aparentemente ganadores, porque el confinamiento les ha dado razones para seguir con su reclusión voluntaria y su adicción. Muchas personas piensan que la red les ha salvado (sic) del confinamiento. En lugar de llenarlo de ruido, podían haberlo aprovechado para pensar en silencio sobre lo verdaderamente importante.

Sobre el dilema entre la pérdida de derechos individuales en favor de los colectivos, soy optimista; no creo que en el futuro el retroceso individual se extienda más allá de la cautela sanitaria.

3. Espero que haya habido muchos san Pablos que se hayan caído del caballo y se hayan dado cuenta de que estando encerrado lo mejor que se puede hacer es leer. Por fortuna, algunas librerías han seguido suministrándonos libros. Aunque no me hago muchas ilusiones y, como decía, muchos habrán preferido seguir pegados al televisor y a los móviles. Los que amamos la literatura, sin embargo, vemos en ella nuestra compañera fiel, divirtiéndonos, enseñándonos y acompañándonos en todo momento. A falta de relaciones sociales, con tantos meses en casa, los lectores hemos leído más que nunca, lo cual ha sido un placer. Sin un libro en las manos, el confinamiento hubiera sido un terrible vacío.

### Eduardo Ruiz Sosa

1. He pasado los días del confinamiento encerrado y siguiendo las medidas de cuidado. La mayor parte del tiempo se ha ido entre libros, algunos clubs de lectura virtuales con las bibliotecas de Barcelona y, sobre todo, tratando de escribir, siguiendo las noticias y los acontecimientos de la pandemia. Algo de cine y series en los ratos de aburrimiento.

He tenido tiempo extra para dedicar a los proyectos de escritura. Algunos siguen en un estado larvario y otro, el que por ahora es el proyecto principal al que me dedico, ha avanzado mucho. Sin embargo, el tiempo disponible juega por partida doble y es más fácil, al menos para mí, detenerme en los procesos de corrección y autocrítica, en la reescritura, lo que ralentiza el avance.

La cuarentena, o la situación general que se vive actualmente, no han permeado por sí mismas ninguno de los proyectos de escritura en los que trabajo. Pero sí me ha hecho reflexionar sobre la perspectiva de la escritura con respecto al tiempo en el que se escribe, es decir, yo no creo que sea posible, al menos para mí y para la literatura que me interesa, una escritura inmediata, una escritura del momento, ni siquiera desde la crónica. El texto en el que trabajo ahora mismo es más próximo al presente, aunque si bien es cierto que es un presente viejo, que viene de muchos años atrás y que sigue siendo un asunto que México, y otros países, arrastran de formas muy variadas. Me ha costado encontrar ese lugar en el que el texto se mueve: es mucho más sencillo escribir desde hoy hacia atrás, es la forma habitual en la que pensamos y escribimos y hablamos. La rememoración o la recordación. Pero una escritura muy próxima a los acontecimientos que aborda tiene los ojos más puestos en el futuro, me parece. Una escritura arrojada hacia el futuro. No a la posteridad, esa idea barata. Sino al futuro como un tiempo desconocido. Pensar ahora mismo sobre los efectos de una situación en la que estamos inmersos todavía establece límites al lenguaje, a los usos del lenguaje. He pensado mucho en eso, en cómo escribir una historia que no se cierra.

2. Es difícil, si no imposible, pronosticar los cambios sociales y de convivencia que vendrán. De entrada, es evidente, ir por la ciudad con la mascarilla puesta es una imagen casi cinematográfica para algunos. Pero creo que hace falta tiempo, que no podemos saber, ahora mismo, cómo ha cambiado el mundo o cómo va a cambiar a raíz de la pandemia. Dos de los grandes procesos de salud del siglo XX, el VIH y el cáncer, han tenido alcances mucho mayores de los que en la inmediatez han podido especularse y que siguen modificándose con

el paso del tiempo, alejándonos de la mera romantización del momento y mostrando el lado más siniestro. Si ahora se habla de la distancia social, la convivencia, la proximidad y el uso de las mascarillas, como en su momento se habló, por ejemplo, del fin del «amor libre», por llamarlo de alguna manera, de la expresión liberada de la sexualidad que venía desde los años sesenta y que en los noventa se transformó con la llegada del virus de inmunodeficiencia y las elevadas tasas de contagio y de mortalidad que obligaron al uso de medidas de cuidado, de protocolos de revisión de la salud sexual, e incluso provocaron expresiones de segregación y estigma social, que se ven incluso ahora en la inmediatez de este virus, más tarde, pues, se revelaron procesos más complejos a raíz de las enfermedades y sus vínculos con el cuerpo, la sociedad, la economía y la cultura: desde especulación con la sanidad pública, con la producción de retrovirales y sus elevados costes, hasta sus representaciones culturales. Jugar a la ciencia ficción con un presente tan complejo y problemático no trae sino manifestaciones artísticas huecas o que solamente usan el contexto como un cascarón que esconde a las mismas historias de siempre. Lo mismo sucedería con la especulación académica, científica o antropológica. ¿Qué viene después de esto? La complicada vida de los supervivientes, que habrán de convivir, además, con todas las pérdidas.

3. El mismo de siempre. La literatura es el lugar donde pensamos el mundo sin los prejuicios de la moral ni los atavismos de la academia ni la noción de popularidad de la prensa. Una cosa es la experiencia vivida, otra es la experiencia revisitada. La primera no se comprende sin la segunda. Pero ha de existir una distancia entre ambas, sin esa distancia, el lenguaje no es posible. Quiero decir que, si bien es posible escribir, lo que no me parece posible, sin esa distancia, es pensar. ¿Cómo sabemos hasta qué punto un acontecimiento ha ejercido sobre nosotros una influencia si no usamos el paso del tiempo para percibir esos efectos, para aprehenderlos de una manera más amplia? La literatura, como modelo de denuncia, siempre llega tarde. Cuando se precipita, cuando acelera su participación en el presente, las intenciones, por lo general, son otras, y muchas veces deshonestas. La paciencia es una virtud, a mi juicio, indispensable en el arte. Como lectores podemos verlo con mucha intensidad: hay libros impacientes, que han de agotarse pronto; pero hay otros libros que siguen estando porque nos enseñan a leer con paciencia, a esperar. La espera es un trabajo arduo.

### Ada Salas

1. Mi experiencia ha sido extraña, como la de todos. De pronto la enfermedad, la muerte, lo que ambas tienen de absurdo, de azaroso, estaban cerca, como una amenaza que parecía real. Y digo «parecía» (o «parece», aún) porque, en mi caso, la fortuna nos ha bendecido a mis seres queridos y a mí hasta el momento. Pero quién sabe. Eso tienen las amenazas: acechan, están vivas, no se dejan ver, son omnipresentes.

El dolor es algo distinto de la compasión. El dolor se siente cuando te toca a ti. La compasión te lleva a los otros, te une a ellos. La compasión nos hace lo que somos: humanos. En estos días han estado enfermos algunos vecinos, he sabido de la muerte de padres y abuelos de mis alumnos. Todos hemos sentido muy cerca el sufrimiento de los otros. Quizá no lo bastante cerca.

He sentido, y siento, un miedo difuso a muchas cosas —a parte de, como decía antes, a la enfermedad y a la muerte de quienes quiero—. Me da miedo la sinrazón, la insolidaridad, la locura de las

REDACCIÓN  
ÍNSULA/  
ENCUESTA: LA  
PANDEMIA  
Y NUESTROS  
ESCRITORES



Eduardo Ruiz Sosa



Ada Salas

REDACCIÓN  
 ÍNSULA/  
 ENCUESTA: LA  
 PANDEMIA  
 Y NUESTROS  
 ESCRITORES

cabezas y los corazones cerrados. Me da miedo la impresión de que nuestra capacidad para ser compasivos se estreche y se anquilese. O debería usar el modo indicativo: ver cómo se estrecha y se anquilosa. Me entristece tanto que en una situación como esta no estemos todos (no caben excepciones) a la altura de las circunstancias.

Por otra parte (todo esto tiene mucho de contradictorio y paradójico), y luchando para no escuchar las noticias, para protegerme a veces de la «información», y también del «ruido» (pues ruido es, a menudo, lo que se nos ofrece como información), estos meses de confinamiento han sido un regalo: desde mi casa veo árboles, escucho a los pájaros. La ciudad ha sido «ganada» por la naturaleza. Ha sido muy hermoso ser testigo de ese proceso. Comprobar que se puede vivir de otra manera, que es posible. Cuando pudimos empezar a salir a pasear... hemos visto un Madrid limpio, brillante, tranquilo, más hermoso que nunca. Se ha hecho tan evidente cuánto maltratamos los lugares en los que lo vivimos, a los que conviven con nosotros (plantas, animales, cielo, aire), a nosotros mismos.

No sé si lo vivido se habrá reflejado en lo que he podido escribir estos días. La verdad es que, a pesar haber tenido más tiempo, me ha costado mucho concentrarme. Lo que pasaba fuera tiraba en exceso de mí. A pesar de estar aislada, me costado mucho aislarme.

2. No sé cómo afectará. Quiero pensar que pasará. Sería terrible pensar que algo así va a «instalarse». Y si pasa, quiero pensar también que algo habremos aprendido, que en mucho podremos mejorar. Pero luego veo el mar ya lleno de mascarillas y de guantes de plástico, veo esas banderas de España que proliferan de manera inexplicable, usadas como armas de qué y contra qué, y vuelve una especie de horror.

El *carpe diem* no debemos aplicárnoslo como humanidad: tenemos que pensar más que en hoy, en mañana.

Que a un mundo tan seguro de sí mismo como este Occidente depredador algo lo ponga en jaque, tiene también su cara positiva: un viento de incertidumbre. Pero hay que prestarle oídos a esa música extraña, y somos expertos en cerrarnos a la escucha.

¿Quién sale ganando y quién perdiendo? Ganarán los pescadores, perderán los peces. A río revuelto...

3. El de siempre: el de la duda, el coraje, la denuncia, el pensamiento, la emoción, la belleza, la(s) verdad(es). El del miedo, el desconsuelo y el deseo compartidos.

### Marta Sanz



Marta Sanz

1. La pandemia para mí no ha sido inspiradora, sino invasiva: se ha colado en todos mis pensamientos de un modo desorganizado y visceral que ha dificultado la reflexión serena que, en mi opinión, requiere una escritura que no sea abiertamente catártica. Esa invasión y el aluvión de noticias, el miedo, me han incapacitado para encontrar el tono adecuado para abordar por escrito el asunto. Me he sentido desafinada porque a veces me ponía demasiado apocalíptica y otras demasiado integrada; a veces, sumisa, resiliente, otras, responsable y cuidadora; a veces, he estado demasiado ñoña y positiva, y otras inoportunamente insecticida y cómica. Por otro lado, yo he escrito mucho sobre enfermedades —en sentido recto y figurado— y, además lo he hecho siempre con los balcones abiertos, atenta a los ruidos de la calle, de modo que en esta ocasión me he tenido que atar la mano a la espalda para no dejarme llevar por la facilidad o la complacencia. Solo escribí un relato, «Sherezade en el búnker», para expresar humorísticamente mi temor a que el confinamiento radicalizase la violencia machista y, a la vez, plan-

tear la posibilidad esperanzada de que los relatos amansen a las fieras. Tampoco he leído con la concentración habitual: solo en el último tramo de un confinamiento en que el que yo pensaba resolver mis cuentas pendientes con Heródoto o Tucídides, he logrado leer sin pensar en la salud de mis padres, en el protocolo de desinfección de la compra, en la rebaja del sueldo o en la ausencia de encargos alimenticios. Además, en mi caso, se da la peculiaridad de que el día 3 de marzo llegó a las librerías mi última novela *pequeñas mujeres rojas*, y gran parte de mis esfuerzos se han concentrado en que el libro sobreviva frente a la crueldad del mercado. Me he pasado los días buscando metáforas para explicar mi estado de ánimo en este sentido: a ratos he sido una cucaracha panza arriba que luchaba por recuperar su posición original; a ratos he rogado por la descongelación y resurrección de las amapolas de la portada; y a ratos he recordado que las hadas Flora, Fauna y Primavera aletargaron todo un reino para que nadie tuviese la sensación de que la bella estaba dormida y los años iban pasando... He hecho zooms, instagrams y otro tipo de cosas que jamás pensé que haría alguien tan analógico como yo. Preocuparme por mi libro me generó cierta mala conciencia ante el panorama dantesco y terrible de la enfermedad, pero decidí que era necesario superar este sentimiento de culpa porque los seres humanos, incluso en las situaciones más extremas, debemos mantener nuestras ilusiones y compartirlas con los demás.

2. No tengo una bola de cristal, pero sí tengo tres hipótesis: una, propia de lotófagos, tiene que ver con la urgencia de recuperar cuanto antes los hábitos perdidos, con una nostalgia de los bares, las piscinas y los abrazos, que nos haga olvidar que esa normalidad a la que queremos volver no era en absoluto normal, sino que ya estaba marcada por el estigma de la precariedad y las desigualdades; la segunda hipótesis es la que nos coloca en un mundo distópico donde la mascarilla será eterna y el contacto físico difícil, la robótica, el teletrabajo y lo telemático estarán al cabo de la calle, y seremos todos un poco como los moradores del satélite de la película *Wall-e*; la tercera hipótesis plantea un escenario en el que hayamos aprendido algo de todo esto y nos hagamos conscientes de que los cuidados son imprescindibles tanto desde un punto de vista íntimo como público: los países han de proteger a su ciudadanía y no funcionar con empresas competitivas, despiadadas o violentas. En este sentido, la gran lección consiste en no ahorrar ni un céntimo en salud y educación públicas y universales. Creo que esa es la única manera de que no perdamos todas y todos en un contexto en el que tal vez deberíamos replantearnos el significado de palabras como «libertad», «equidistancia» o «salud» últimamente malversadas por los ultraderechistas.

3. El del ensanchamiento de la lucidez, el de la crítica, el de la mirada que no escamotee las zonas de conflicto desde la belleza y la imaginación lingüísticas. El estilo es lo que, en definitiva, se dice en un texto literario, lo que revela el sistema nervioso personal de quien escribe. La literatura, que propone al lector un proceso de lectura espeleológico por debajo de la corteza textual y de la prisa, es la que atiende a los modos de representación de lo real. Esa literatura que, en un primer momento, quema es la que, a largo plazo, nos alivia de nuestros males porque la palabra literaria refleja la realidad, pero también la construye. Desde el punto de vista del campo literario, creo que es el momento para repensarlo casi todo. Errata Naturae ha redactado un escrito muy interesante. Hay una sobreabundancia y unas inercias productivas que responden a esquemas capitalistas que propician formas de escritura gentrificadas, globalizadas y previsibles que *clientelizan* a los lectores y colonizan el concepto de la literatura toda. Quizá ahora estamos en disposición de parar y pensar desde otras coordenadas. Ojalá.